

[GUINDA, ORFEBRE DE LA LUZ]

Ángel Guinda Casales (Zaragoza, 1948) es un nombre imprescindible en la poesía aragonesa contemporánea. A veces hasta parece el padre de todos los poetas, que le deben un consejo, un aliento, un abrazo. Uno piensa que en ocasiones ese papel se le apodera, que el prestigio o los gestos llegan a convertirse en enemigos de la literatura, y eclipsan esos versos tejidos por el poeta animosa o dolorosamente, desde hace tantos años, con la luz y la sombra —al fin y al cabo la misma materia—, versos que delatan experiencia y reflexión. Por eso, aunque haya en Ángel Guinda un componente escénico, cuando nos enfrentamos al rayo de sus poemas, sentimos la dulce gravedad de la grandeza, el fagonazo de la literatura.

Activo y activista en la inquieta Zaragoza de

los setenta y primeros ochenta, teorizó desde el principio sobre la literatura, y hasta sus aforismos sueltos entrañan enseñanza y misterio. Recomendable es su *Breviario* (1992), que anuncia un universo de sabiduría. Su cerco a la literatura se extiende a su condición de lector sin fatiga, y también de fino traductor. En Olifante saben mucho de esto. Precisamente en esa editorial pequeña y cuidadosa, que vuelve a dirigir Trinidad Ruiz Marcellán, ha publicado Guinda algunos de sus libros de creación. Todavía es fácil conseguir uno de los títulos de referencia, *Conocimiento del medio* (1996), y, por supuesto, el último poemario, *Toda la luz del mundo* (2002), donde la plenitud, contra todo pronóstico, se impone sobre la muerte. La muerte, esa sombra inseparable de la vida, protagonizaba otros libros

intermedios. Cadenciosos, de un barroco estilizado y consciente que recupera tópicos de la literatura clásica, los poemas de *La llegada del mal tiempo* (Hurga y Fierro, 1998) anunciaban la contundencia de *Biografía de la muerte* (Hurga y Fierro, 2001). En el primero el poeta se dispone a «envejecer en paz, con elegancia»; en el segundo acepta que «sólo cesa tu vida, la vida continúa». Pero la vida se cuela entre los versos, como el rayo de luz que anuncia el final de la tormenta, y la muerte, como quisiera el clásico, no es más que el envés de una existencia que es obligatorio disfrutar: «sal al campo / y empápate de la belleza nueva.»

Antonio Losantos Salvador. Teruel.

una] «Una vida tranquila» es una de las piezas que podríamos considerar extensas en un poemario de cierta tendencia aforística. Abre la tercera y última parte de *Biografía de la muerte* —y se reproduce, con buen criterio, en la contraportada—. Ofrece interés, además de por su calidad intrínseca, por diversos motivos. Desde el punto de vista personal, el poema nos recuerda que Guinda dejó Aragón en los ochenta y buscó en Madrid nuevos rumbos. Aunque no se nombre, la ciudad y lo que esta representa, se hacen aquí presentes con esa alegoría del castigo que da paso a una suerte de *beatus ille*, de alabanza de aldea, en donde no faltan ni la serenidad ni la melancolía, intensificada al final del poema con esa reflexión mínima sobre la vida y la muerte.

No es el único texto de Guinda que adopta una apreciable actitud de balance. En tales casos suele predominar la imagen del deterioro, de los placeres perdidos; pero en «Una vida tranquila» maneja el poeta otro registro: la exaltación de la belleza de las cosas sencillas y naturales, quizá a lo fray Luis de León. A esas cosas de mínimo valor material les concede un interés salvífico, le harán «poner un poco de orden / al estrépito de los años». Vida retirada, sí, pero reafirmación de la vida. Y acaso cierre de un círculo: regreso y reconocimiento.

«Una vida tranquila», de *Biografía de la muerte*

Me he castigado tanto el cuerpo, el alma,
que sólo tengo ganas de volver,
desatado de todo y de mí mismo,
a ese lugar donde las horas cunden,
fértils, y pensar aprovecha como
un zumo fresco de frutas bajo el sol. Pasear
—observando el vuelo raso de la neblina
y las candelas del atardecer— empapado
de olor a savia, camino de la casa. Y allí,
junto al hogar, poner un poco de orden
al estrépito de los años, a los muebles
de la memoria; oír el llover lento
de la conciencia calar en el eco de mis pasos,
dispuesto a vigilar, aunque sea de reajo,
el reloj del adiós. Me he castigado
tanto el cuerpo, el alma,
que tengo ganas de regresar al campo
a ver amanecer; escuchar
el agua del deshielo rodar por la montaña;
colmarme de la paz de los senderos
intransitados, del canto de pájaros
e insectos, de la brisa que estremece
las manos de los árboles; tropezar
con las piedras al contemplar las nubes.
Sentir que, sin saberlo,
estuve tanto tiempo vivo, y aún lo estoy.